



CONEXIONES

ELIZABETH
STEWART

Primera edición: octubre de 2015

Edición ejecutiva: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Xohana Bastida
Coordinación gráfica: Lara Peces

Título original: *Blue Gold*
Traducción del inglés: Miguel Trujillo Fernández

Publicado originalmente en Norteamérica por Annick Press Ltd.

© del texto: 2014, Elizabeth Stewart (texto) / Annick Press Ltd.

© Ediciones SM, 2015

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para mis chicas, Kim y Alexis,
y para John.

FIONA AMÉRICA DEL NORTE

Cuando la gente dejó de enviar mensajes invitando a la fiesta de Jeff a todos sus conocidos, habían acudido al menos ochenta personas. Al llegar a la casa, Fiona y Ryan se encontraron con la puerta abierta de par en par. Había chicos y chicas pasando el rato en el porche delantero, empapándose del sol del atardecer. Eran alumnos mayores, algunos de diferentes institutos. Fiona no conocía a muchos de ellos, y eso hizo que se sintiera aún más nerviosa.

Dentro de la casa, el salón estaba abarrotado. Fiona y Ryan se abrieron paso para buscar a Jeff, cuyos padres estaban fuera ese fin de semana. Había tanto ruido que todo el mundo tenía que gritar para entenderse, lo cual provocaba que hubiera aún más ruido. Cuando llegaron a la cocina, Fiona se sintió aliviada de encontrar a Rick Lee tomándose una cerveza del tirón mientras un puñado de chicos entonaba: «¡Vaaamos, vaaamos, vaaamos!».

Rick Lee terminó y se limpió la boca.

—¡Sí! —gritó al verla, babeando un poco mientras levantaba la botella vacía en señal de victoria—. ¡Pokemon!

Fiona conocía a Rick desde que estaban en primero, cuando Pokemon era su obsesión compartida.

—¡Pokemon! —gritó como respuesta.

—Tienes que ponerte al día —le dijo Rick meneando la botella en su dirección.

Pero se equivocaba. Fiona ya había bebido más de lo que hubiera querido. Antes de la fiesta, Ryan y ella habían parado en el parque para beberse una botella de agua medio llena de vodka que él había robado de su casa. Le había asegurado a Fiona que eso la ayuda-

ría a relajarse. A ella no le gustaba mucho beber, y el vodka la estaba haciendo sentir atontada y descontrolada —lo contrario de relajada—, pero no quería que Ryan lo supiera.

Llevaban cinco semanas saliendo, desde principios de mayo. Para muchos de sus amigos, aquello era prácticamente como estar casados. Sin embargo, Fiona aún no se había hecho a la idea de que tenía novio. Le gustaba Ryan, sí... Pero no estaba segura de si le gustaba de verdad. Tenía un aspecto bastante corriente; pero claro, Fiona también lo tenía, con su melena castaña y una cara que, en su opinión, era demasiado ancha y tenía demasiadas pecas. Ryan era alto y absurdamente delgado. Si hicieran un examen de popularidad, sacarían alrededor de un 8. Bueno, Fiona creía que quizá llegaran al 8,5.

Ryan encontró un par de cócteles de ron en el frigorífico de Jeff y le tendió uno a Fiona.

—Te gustará. Sabe a limonada —aseguró.

Tenía razón, y al cabo de unos minutos Fiona ya se había bebido la mitad.

—Venga —le dijo Ryan al oído—. Vamos al piso de abajo.

La tomó de la mano y la condujo escaleras abajo. *¿Cómo sabe la gente lo que siente?*, se preguntó Fiona mientras Ryan la conducía entre la multitud hasta llegar a la sala, donde las luces eran tenues y la música retumbaba. La gente bailaba con lentitud, a pesar de que la música era rápida. Fiona vio parejas besándose mientras bailaban, y algunas que se metían mano sin disimulo. *¿Qué espera Ryan de mí exactamente?*, se preguntó notando en el estómago un repentino aleteo de pánico. Notaba el sabor del cóctel de ron en la boca, y el del vodka asomando detrás de él.

Vio a su amiga Lacey junto a la pared, en un grupo de chicas con las cabezas inclinadas sobre sus teléfonos móviles, y se acercó a ella.

—No me encuentro muy bien —le dijo.

Ryan le dirigió una mirada inquisitiva, pero no podía oír lo que decía por lo alta que estaba la música.

—Dile a Ryan que quieres marcharte —sugirió su amiga. Estaba dando unos sorbos a una cerveza y parecía algo contenta, pero no borracha. Esbelta como una modelo y segura de sí misma, Lacey encajaba a la perfección en la fiesta—. Tú verás... —añadió.

Pero Fiona no quería que su novio la tomara por una exagerada, así que permitió que la llevara hasta un sofá largo que había en una esquina, lleno de gente enrollándose. Ryan buscó un hueco libre, se sentó y sentó a Fiona sobre su regazo. A continuación, sin aviso previo, le metió la lengua en la boca. El beso fue intenso y húmedo. Ella trató de responder, pero le faltaba el aliento y la música le estaba dando dolor de cabeza.

Ryan separó los labios de los de ella.

—El cuarto de baño está libre —le susurró al oído.

Al principio, Fiona no supo a qué se refería. Entonces echó un vistazo y vio que Jeff y su novia salían de un cuarto de baño. Ryan y Jeff tenían un año más que Fiona y sus amigos, que todavía estaban en noveno. Quizá los de décimo estuvieran más interesados en el sexo que el grupo de Fiona, pero por lo que ella sabía, ninguno de sus amigos lo había hecho todavía. Sin embargo, muchos habían ido más allá de los besos y los abrazos. Fiona no era una de ellos. Notó cómo el pánico se alzaba otra vez en su interior, y eso hizo que empeoraran las náuseas.

—Creo que voy a vomitar —dijo, y se dirigió tambaleándose hacia las escaleras.

—¿Fi? —la llamó Lacey cuando pasó junto a ella.

Fiona siguió caminando, ansiosa de respirar un poco de aire fresco.

Cuando logró salir, se puso de rodillas en el camino de entrada y devolvió tras un arbusto. Al incorporarse para tomar aliento, vio que Lacey estaba junto a ella.

—Suéltalo —la instruyó apartándole el pelo hacia atrás—. Suéltalo todo.

Fiona volvió a vomitar y, cuando terminó, se sintió un poco mejor. Se sentó y vio a Ryan junto a Lacey, observándola con preocupación.

—¿Te encuentras bien?
—Sí. Lo siento —dijo ella, sintiéndose como una idiota. Una idiota que, además, daba bastante asco.
—No pasa nada —aseguró el chico.
—¿Quieres que la lleve a casa? —le preguntó Lacey a Ryan.
—No, lo haré yo —replicó él, rodeando a Fiona con el brazo para ayudarla a levantarse—. ¿Puedes caminar?
—Sí. Lo siento —volvió a disculparse ella.
—Tranqui. Puede pasarle a cualquiera —aseguró él, aunque parecía decepcionado.

ooo

La casa de Jeff estaba en Point Grey, un barrio pijo de Vancouver. Fiona y su madre vivían más al este, en Kitsilano. Cuando llegaron a casa, Fiona se sentía un poco menos mareada. Echó un vistazo al cuarto piso del edificio y vio que las luces estaban encendidas. Seguro que su madre la estaba esperando despierta.

—¿Me huele el aliento? —le preguntó a Ryan deteniéndose junto a la verja.

—¿A vómito o a alcohol?

Parecía un poco asqueado, y no la miraba a los ojos. Fiona se sintió culpable por haberlo obligado a marcharse de la fiesta. Esperaba que no fuera a cortar con ella por eso.

—Lo siento de verdad, Ryan.

—Oye, que estas cosas pasan.

—Mi madre se va a volver loca como se entere...

—Ve directamente a tu cuarto y ya está. No dejes que te huela.

—¿Lo dices por experiencia? —preguntó Fiona tratando de bromear.

—¿Tú qué crees? —repuso Ryan encogiéndose de hombros; parecía tener mucha prisa por alejarse de ella.

—Deberías volver a la fiesta —sugirió Fiona, aunque en realidad no quería que lo hiciera. Había demasiadas chicas sueltas por allí...

Tal vez esa fuera la forma de saber que querías a alguien: cuando la idea de que estuviera con otra persona te daba unos celos insostenibles.

—A lo mejor lo hago —asintió él, y comenzó a alejarse por la acera sin darle siquiera un beso de buenas noches.

Fiona decidió no tenérselo en cuenta; al fin y al cabo, no había tenido oportunidad de enjuagarse la boca.

—Te llamaré más tarde —añadió Ryan dándose la vuelta, con un aire tan despreocupado que Fiona se preguntó si realmente lo haría.

Al entrar en casa, siguió el consejo de Ryan y redujo al mínimo la conversación con su madre, que estaba leyendo en el salón. «Sí, me lo he pasado bien». «No, no tengo hambre». Se estaba poniendo el pijama en su habitación cuando su móvil pitó. Ryan había mandado un mensaje.

bn cn tu madre?
bn. sient lo d hoy
no fue cmo speraba
q sperabas?
no se. eres muy sexy

¡Cree que soy sexy!, pensó Fiona. Así que no estaba enfadado con ella, después de todo. El móvil volvió a pitar.

¿q haces?
prepararme xra drmir
q llevas puesto?

Lo cierto era que llevaba un pijama de franela con dibujos de pingüinos patinando. Sin embargo, en la seguridad de su habitación se sentía bastante sexy.

nada
nseña

Fiona dudó. ¿De verdad? ¿Iba a atreverse? Llegó otro mensaje.

porfa? ers muy wapa

¡Piensa que soy guapa! Fiona sintió una oleada de calor. De modo que eso era lo que significaba tener novio: compartir secretos, sentir calor el uno por el otro. Llegó otro mensaje.

demuestra q t gusto

¡Claro que me gustas!, pensó Fiona. A lo mejor incluso le quería. Antes de que pudiera echarse atrás, estiró el brazo con el móvil, frunció los labios en un beso sexy, se subió la parte superior del pijama y se hizo un foto. Con otro clic, se la envió a Ryan. La respuesta llegó de inmediato:

:)

Le había gustado. Fiona también sonrió.

Solo más tarde, cuando estaba tumbada en la cama, con la cabeza dándole vueltas a causa del alcohol, comenzó a preocuparse. ¿Cómo se le ocurría hacer sexting? Se había convertido en un tópico con patas. Había mandado una foto de sí misma medio desnuda para que cualquiera pudiera verla. Amigos, profesores, ¡hasta sus padres! *Contrólate*, se dijo. Ryan era su novio. Confiaba en él; sabía que no se la iba a enseñar a nadie. Además, solo era una broma. No podía pasar nada malo.

ooo

El domingo por la mañana, la alarma de Fiona sonó a las ocho en punto. La cabeza le palpitaba, y la boca le sabía como si la tuviera llena de abono. Pero no tenía tiempo para compadecerse de sí misma. Su padre iba a recogerla en media hora para un par-

tido de softball; él era el entrenador, y ella, la lanzadora. Retiró el edredón de golpe y se levantó, tambaleándose como si el suelo temblara debajo de ella. El estómago le dio un vuelco. Le habría gustado tumbarse otra vez, pero sabía que su padre ya estaría en el puente, conduciendo desde el oeste de Vancouver. No podía decepcionarlo.

Al final jugó como pudo, sintiéndose afortunada por poder permanecer en pie. Quedaron diez a tres, lo que no estaba tan mal, teniendo en cuenta que su cerebro estaba funcionando a medio gas.

—¿Qué te pasaba? —preguntó su padre mientras cruzaban el césped en dirección al coche.

—Creo que tengo la gripe.

Él le puso la mano en la frente y después la abrazó.

—Pobre calabacita mía... Vamos a casa para que te acuestes.

A veces, su padre era demasiado fácil de manejar.

En el interior del coche, Fiona buscó su móvil en la mochila para ver si Ryan le había mandado algún mensaje, pero no lo encontró. Muchas de las cosas que habían pasado aquella mañana le parecían brumosas, pero estaba segura de que había metido el móvil en la mochila. ¿Se le habría caído, o se lo habría quitado alguien? Había mucha gente en el parque y el bolso había estado tirado en el césped, donde cualquiera podría haberlo robado. De pronto se sintió arder, como si tuviera fiebre de verdad. Perder el móvil ya era una faena, pero lo que más miedo le daba era lo que había guardado en él. ¿Y si alguien encontraba la foto que había enviado por la noche?

Espera, se dijo. La borré. Al menos, recordaba haber pensado que lo haría. ¿Pero había llegado a hacerlo? Sí, estaba segura de ello.

Echó un vistazo a su padre mientras conducía, tan alegre e ignorante con su camiseta blanca metida en los pantalones y sus gafas de montura metálica. Fliparía si supiera que su hija había perdido el móvil, porque le daba mucha importancia a la responsabilidad.

¿Y si descubría que había estado haciendo sexting con Ryan? Se le reventaría una vena.

Tras aparcar delante de la casa de Fiona, su padre le dirigió una mirada de extrañeza.

—¿Va todo bien, hija? Aparte de la gripe, digo.

—Todo bien —aseguró ella.

Solo era una mentira a medias. Todo iría bien... si recuperaba el móvil. Mientras observaba cómo se alejaba el coche, Fiona notó que la cabeza se le aclaraba por completo. Tenía que encontrar ese teléfono antes de que nadie más lo hiciera.

Sylvie caminaba con paso firme, equilibrando el saco de maíz triturado sobre la cabeza. Su casa estaba lejos del centro de distribución de comida, y solo había recorrido la mitad del camino. Le dolían los brazos por las pesadas bolsas de habichuelas y arroz que llevaba en cada mano, y el polvo rojizo que sus zapatillas levantaban en el camino le reseca la garganta y le manchaba la falda y la blusa.

El campo de refugiados Nyarugusu era enorme: en él vivían más de sesenta mil personas, distribuidas en siete zonas. Cada dos semanas, Sylvie tenía que caminar media hora para ir al centro de distribución de comida desde la Zona Tres, donde su familia vivía desde que huyeron a Tanzania cinco años antes. Una vez allí, esperaba en una larga cola a que le entregaran sus raciones semanales: maíz, habichuelas, aceite para cocinar y un poco de sal. Algunos decían que tenían suerte de estar allí, lejos de la guerra que asolaba su país, la República Democrática del Congo. Pero era difícil sentirse afortunada cuando cada día estaba lleno de trabajo y preocupaciones.

Mientras se acercaba al grupo de chozas de adobe donde vivía con su madre, sus dos hermanos y su hermana pequeña, Sylvie oyó los gritos de algunos chicos que jugaban al fútbol. Prestó atención para distinguir la voz de su hermano Olivier; normalmente resultaba fácil de distinguir porque era el más ruidoso, pero en esta ocasión no se encontraba entre ellos. No debía de haber regresado de dondequiera que hubiera ido esa vez. Seguro que su madre encontraba alguna forma de culpar a Sylvie por su desaparición.

Cuando llegó hasta la explanada que hacía las veces de terreno de juego, vio que Pascal, su hermano pequeño, tenía la pelota. Sus pies desnudos la controlaban sin esfuerzo mientras esquivaba a los otros chicos, avanzando firmemente en dirección a la portería contraria, marcada por dos latas. Pronto sería tan buen jugador como su hermano, aunque solo tenía nueve años. Olivier cumpliría catorce el mes siguiente, de modo que era lo bastante mayor para ir y venir a su antojo, como nunca se cansaba de recordarle a Sylvie. Pero ella tenía quince años y seguía siendo la mayor, aunque solo fuera una chica. Por el momento, al menos, los chicos le hacían caso como si fuera su segunda madre.

¿Por qué los chicos pueden jugar y yo tengo que hacer todo el trabajo?, se preguntó dejando caer el saco de maíz al suelo.

—¡Pascal! —llamó—. Lleva esto adentro.

Con una rápida patada, el muchacho lanzó la pelota entre las latas oxidadas y marcó gol. Sus compañeros de equipo le dieron palmadas en la espalda y gritaron su nombre, y a Sylvie se le ablandó el corazón al ver su enorme sonrisa. Por un momento volvió a encontrarse en su aldea de nacimiento, observando cómo su padre jugaba a la pelota con Olivier y Pascal en el patio de su casa. Era una casa de verdad, hecha de bloques de cemento, con dos dormitorios, una sala de estar amueblada y una cocina con horno y todo; nada que ver con la choza de barro y paja de una habitación en la que vivían.

—Tú no mandas en mí, Sylvie —replicó Pascal.

—Si no me obedeces, te escupiré en el fufu —lo amenazó, refiriéndose a la papilla que haría con el maíz que llevaba.

—¡Entonces, me comeré el tuyo en vez del mío! —se rio él.

—Ayúdame y te daré la ración de Olivier —insistió Sylvie.

Pascal se acercó a ella y se esforzó por levantar el pesado saco, que sus delgados brazos apenas lograban rodear.

—¿Y si Olivier vuelve a casa para comer? —preguntó.

—Aun así, te daré más que a él.

Sylvie llevó las bolsas al interior de la choza, agachándose para pasar por la puerta. Dentro estaba oscuro, como siempre, ya que la

única luz venía de la puerta abierta. Habían tenido que construir la casa con rapidez cuando llegaron. No les había dado tiempo de hacer ventanas, y desde entonces no habían tenido ganas. Pascal la siguió con el saco de maíz, lo dejó caer sobre el suelo de tierra y salió corriendo para reunirse con sus amigos.

La madre de Sylvie, pequeña y frágil, se incorporó sobre un codo en la esterilla donde estaba tumbada, junto a la pared curva.

—¿Tenían mandioca?

—Siempre me preguntas lo mismo, mamá —respondió Sylvie, colocando las habichuelas y el arroz dentro del cubo de metal que utilizaban para protegerlos de las ratas—. Nunca tienen mandioca. Solo maíz.

—¡Puf! —bufó ella—. Esperan que nos comamos eso...

Estaba claro que la madre de Sylvie tenía un mal día. Su mente solo estaba a medias en el presente, y apenas se había movido de la esterilla. Lucie, que tenía seis años, levantó la mirada desde el lugar donde estaba jugando con la muñeca de madera que le había tallado Olivier.

—Tengo hambre, Sylvie.

—¿Te crees que yo no? —se enfadó ella—. ¡Acabo de pasarme una hora caminando y otra más en la cola! —levantó la garrafa de plástico amarillo que utilizaban para llevar agua desde el grifo común y la agitó para comprobar su contenido—. Pascal y tú tendréis que ir a buscar más agua dentro de un rato.

Se arrodilló, agarró una cacerola maltrecha y comenzó a mezclar maíz molido y agua en su interior. Podía oír los gritos de los chicos en el exterior; habían reanudado el partido.

—¡Pascal! —llamó.

—¿Qué? —dijo él un momento más tarde, metiendo la cabeza por la abertura de la puerta.

—Enciende el fuego, anda.

—¡Eso es trabajo de Olivier!

—¿Ves a Olivier por aquí? —respondió ella bruscamente, y se arrepintió de inmediato de haberlo hecho delante de su madre.

—Es por tu mal genio, Sylvie —dijo su madre desde la esterilla—. Por eso se marcha.

Sylvie se mordió la lengua: si su hermano no quería estar allí era por la miseria, no por ella.

—Cuando Patrice regrese —continuó su madre—, te moleré a palos para que cambies de actitud.

Sylvie y Pascal intercambiaron una mirada. Así que era uno de esos días... uno de los días en que su madre se negaba a creer que su marido estaba muerto, insistiendo en que solo se había retrasado un poco.

—Por favor, enciende el fuego para que podamos comer —le dijo Sylvie a Pascal con serenidad.

Su madre asintió con la cabeza en señal de aprobación. Pascal se encogió de hombros y obedeció. Sacó las cerillas del cubo donde guardaban las habichuelas y el arroz y volvió a salir de la cabaña.

Sylvie llenó de agua una segunda cacerola, que habían rescatado de entre los desechos de otra familia, y metió en ella unas cuantas habichuelas para que se empaparan. Mientras trabajaba, se prometió a sí misma no llegar jamás al estado de su madre: deprimida, derrotada, incluso loca algunos días. Estaba decidida a tener una vida diferente, una vida mejor.

—A los hombres les gustan las mujeres de buen carácter —la instruyó su madre—. Tú pregúntale a tu padre. Pero a lo mejor da igual... —añadió—. Tal vez nunca encuentres marido, de todos modos.

—¿Por qué Sylvie nunca tendrá marido? —preguntó Lucie.

—Por esto —explicó su madre, trazando con el dedo una línea imaginaria que le atravesaba la cara en diagonal.

Ante la mención, Sylvie sintió la presencia de la cicatriz que cruzaba su rostro desde la ceja derecha hasta la mejilla izquierda, pasando sobre el puente de la nariz. ¿La estaba notando de verdad, o solo imaginaba que lo hacía, como otra gente imaginaba brazos o piernas que ya no tenían? Igual que su madre imaginaba a

su padre... En cualquier caso, a Sylvie le daba igual su aspecto. Prefería no encontrar marido. En lugar de eso, seguiría estudiando. Su padre había ido a la universidad, y ella también lo haría. A lo mejor podía estudiar medicina, como la doctora Marie, que trabajaba en el hospital del campo. Haría que el espíritu de su padre estuviera orgulloso de ella; tan orgulloso como avergonzada estaba su madre.

—¡Olivier ha vuelto! —gritó Pascal desde fuera.

Una silueta apareció en el umbral, bloqueando la luz de modo que la choza quedó a oscuras durante un momento. A continuación, Olivier entró, iluminado desde atrás como si fuera un dios que hubiera descendido del cielo... e igual de complacido consigo mismo.

—¡Olivier! —chilló Lucie saltando de alegría.

—¡Ni que hubiera desaparecido una semana! —dijo él.

—Una noche y un día es suficiente —se quejó su madre sentándose sobre la esterilla—. ¿Dónde has estado?

Por más que fingiera enfado, no podía disimular lo mucho que se alegraba de verlo.

—Eso es asunto mío —declaró Olivier. Ya era más alto de lo que lo había sido su padre, con facciones anchas y hermosas.

—¡Ha ido a cazar! —anunció Pascal, que lo había seguido hasta el interior de la choza.

Olivier le dedicó una mueca por arruinar su sorpresa.

—Mirad —dijo con tono triunfal, y le lanzó a Sylvie un bulto pegajoso envuelto en una hoja grande—. Hay más donde lo encontré.

El paquete emitía el olor dulce y agrio de la carne fresca. Sylvie retiró la hoja y encontró carne suficiente para comer durante dos días. Se le hizo la boca agua, pero frunció el ceño.

—¿De dónde la has sacado?

—Es de jabalí —explicó Olivier con orgullo—. Lo he cazado.

—¿Cómo? —barboteó Lucie, asombrada.

—Cavé un agujero para hacer una trampa. Después lo perseguí hasta que cayó en ella.

—¿Cómo has podido ser tan estúpido? —lo amonestó Sylvie poniéndose en pie.

La policía de Tanzania disparaba a todos los cazadores furtivos que descubría cerca de Nyarugusu. Los congoleños ni siquiera tenían permitido salir del campo de refugiados.

Olivier le dirigió una mirada furiosa.

—Todos los hombres lo hacen. Tendremos carne para toda la semana, y ganaré un montón de dinero vendiendo el resto.

—¿Crees que la policía no lo descubrirá?

—He tenido cuidado. No me ha visto nadie.

—Los guardias del campo lo descubrirán cuando la vendas. Y la gente la olerá cuando la cocinemos.

—No lo descubrirán —insistió Olivier, herido porque no hubiera apreciado su regalo—. Puedes mirarnos mientras nos la comemos, Dos Caras.

Al oír el mote, Sylvie se giró para ocultar la cicatriz; era un hábito estúpido, porque sabía que no tenía forma de esconderla.

Su madre se levantó con esfuerzo de la esterilla, le quitó la carne a la chica y la sopesó. Luego, se la llevó a la nariz y la olisqueó como si estuviera comprado en el mercado, al igual que en los viejos tiempos.

—Corta la carne en trozos pequeños y cocínala con las habichuelas —instruyó a su hija—. Así no la olerá nadie, y por una vez podremos comer bien.

Olivier le lanzó una mirada triunfal a su hermana.

—Pero ten cuidado, hijo; no se la vendas a cualquiera —añadió la madre, volviéndose hacia su hijo y meneando el dedo—. No podemos confiar en nadie salvo en nosotros mismos.

Una mueca de furia deformó el rostro de Olivier.

—¡Deberías confiar en mí! —exclamó, y salió a zancadas de la choza.

Sylvie suspiró. A saber cuánto tardaría en regresar...

—¡Tu mal genio la ha vuelto a liar, Sylvie!

¡Algo más de lo que culparme!, pensó la chica.

Sin contestar, se arrodilló y comenzó a afilar con una piedra el único cuchillo que tenían. *¿Adónde irá Olivier cuando desaparece?*,

se preguntó con inquietud. *¿Con quién se juntará?* Había mucha gente mala en el campo, gente capaz de robar e incluso de asesinar. Estando su madre como estaba, había sido trabajo de Sylvie mantener a Olivier a salvo de gente como esa. Pero ya no podía seguir haciéndolo; no cuando él se negaba a escucharla. *¿Cuánto tiempo seguiría siendo capaz de mantener a salvo a Pascal y a Lucie? Preocuparme y trabajar, trabajar y preocuparme,* canturreó para sí misma al ritmo de la piedra de afilar.

Entonces, otro canturreo comenzó a borbotear en su interior y la pilló con la guardia baja. *Algún día seremos libres.* Todos los refugiados sabían lo peligrosa que era la esperanza; pero ahí estaba de todos modos, al ritmo del cuchillo, exigiendo la misma atención que la preocupación. *Algún día nos iremos de aquí. Algún día seremos libres.* Lo canturreó una y otra vez hasta que el cuchillo estuvo lo bastante afilado para cortar la carne. Hasta que casi se lo creyó.

Laiping pegó la cara a la ventanilla del vagón abarrotado para echar una primera ojeada a la ciudad de Shenzhen. Su prima mayor, Min, le había contado que allí vivían catorce millones de personas. Estando aún en la aldea donde vivía, Laiping había tratado de imaginar el aspecto que tendría una ciudad de ese tamaño. Min, que se había marchado dos años antes, le había dicho cuando volvió a casa por Año Nuevo que Shenzhen era como Hong Kong o Shanghái: reluciente y nueva, iluminada por los rascacielos y por los letreros de neón de las tiendas. Aquello había sido en febrero, solo cuatro meses antes. Laiping apenas era capaz de creer que ya estuviera de camino a la ciudad.

Era de noche cuando el tren llegó a las afueras de Shenzhen, pero Laiping no vio ningún rascacielos iluminado. Estaba lloviendo, de modo que no se podía ver demasiado. Solo distinguía edificios bajos, hileras infinitas de construcciones que se perdían en la llovizna y la neblina. Se preguntó si los rascacielos estarían ocultos por las nubes o si existirían siquiera. A lo mejor Min se los había inventado para impresionar a la gente de la aldea. A lo mejor sus historias acerca de piscinas, restaurantes y centros comerciales contruidos especialmente para los trabajadores eran mentira. De pronto, Laiping sintió una punzada de añoranza por su hogar. Recordó a su madre secándose los ojos con la manga mientras el tren salía de la estación, y la frágil silueta de su padre junto a ella, despidiéndose con la mano. ¿Y si su prima no la estaba esperando, tal como había prometido? ¿Adónde podría ir, en una ciudad con catorce millones de desconocidos? Respiró hondo y trató de cal-

marse. Si Min la veía con lágrimas en los ojos, diría que era una niña pequeña.

Aquella mañana, mientras esperaban a que llegara el tren, el padre de Laiping le había contado que, cuando él era pequeño, Shenzhen no era más que una aldea de pescadores.

—Ahora es la tercera ciudad de China —le había dicho—. Un lugar de oportunidades, donde incluso una chica de campo puede encontrar un buen trabajo.

—Me alegra que vayas, Laiping —había añadido su madre entre lágrimas—. No tienes futuro si te quedas aquí.

Ella sabía lo que su madre no estaba diciendo: con la mala salud de su padre, le correspondía a ella enviar dinero a casa. Min había prometido que, si Laiping iba a Shenzhen, la ayudaría a encontrar un trabajo bien pagado fabricando ordenadores o teléfonos móviles. A sus quince años, a Laiping le faltaba un año para trabajar legalmente, pero su prima les había asegurado que también se ocuparía de eso.

El conductor gritó por el altavoz el nombre de la estación en la que debía bajarse Laiping. El tren aminoró la velocidad, y los pasajeros se tambalearon mientras se detenía. Laiping distinguió una multitud de personas en el exterior, fluyendo como un río por el andén fuertemente iluminado. La mayoría estaban vestidos de forma moderna, lo que hizo que Laiping se sintiera muy consciente de la vieja camiseta y los vaqueros holgados que llevaba. Examinó la zona con desesperación en busca de Min mientras el conductor gritaba por el altavoz ordenando a los pasajeros que se bajaran.

Aferró el asa de la bolsa de hule con cremallera donde guardaba sus pertenencias y maniobró para abrirse paso hacia la puerta del vagón, golpeándose la rodilla contra la esquina de una caja grande que sobresalía en el pasillo. Perteneía a un hombre que se había quedado sentado en el tren y que no hizo ademán de cambiar de sitio la caja. Por suerte, Laiping era alta para ser una chica, y consiguió pasar por encima del obstáculo para unirse a la multitud de personas que salían al andén.

Pronto quedó inmersa en la corriente de personas. Desde el andén le resultaba imposible examinar la multitud en busca de Min, así que permitió que la arrastraran los demás pasajeros del tren, con la esperanza de que supieran adónde iban. Atravesaron una gran puerta avanzando centímetro a centímetro, entorpecidos por las bolsas y las mochilas. El interior de la estación era una enorme sala diáfana. El gentío se diluyó un poco cuando la gente comenzó a tomar caminos separados, permitiendo que Laiping contemplara sus alrededores. Todo era nuevo y bonito, de cristal brillante y acero. Vio que había algunos gweilo, occidentales, entre los que corrían para subir a los trenes. Rara vez había forasteros en su aldea, pero Min había dicho que allí, a menos de una hora en tren desde Hong Kong, no era extraño verlos.

Laiping vio unos carteles con caracteres chinos y otros que supuso que serían ingleses. Sin embargo, como no conocía los nombres de las calles ni siquiera en chino, los carteles no le ayudaron a decidir qué salida tomar. Una mujer le dio un golpe en el hombro mientras pasaba a su lado, y Laiping recordó que no podía quedarse allí plantada eternamente, mirándolo todo boquiabierta. Notó que el pánico crecía en su interior. ¿Dónde se habría metido Min?

—¡Ahí estás! —gritó de pronto la voz estridente de su prima.

Laiping se giró y vio a Min abriéndose camino a través de la multitud. Su prima era bajita y robusta, en nada parecida a ella. Avanzaba hacia Laiping como una excavadora, abriéndose camino por pura fuerza bruta.

—¿Qué haces ahí plantada? —ladró—. Primera lección sobre la vida en la gran ciudad: ¡no puedes dejar de moverte!

—Lo siento. Te estaba buscando.

Min enganchó el codo de Laiping y tiró de ella.

—Vamos —dijo—. Tenemos que coger otro tren.

Sujetándole con fuerza el brazo, la condujo por unas escaleras que bajaban hasta un andén distinto, con muchas vías y mucha más gente.